

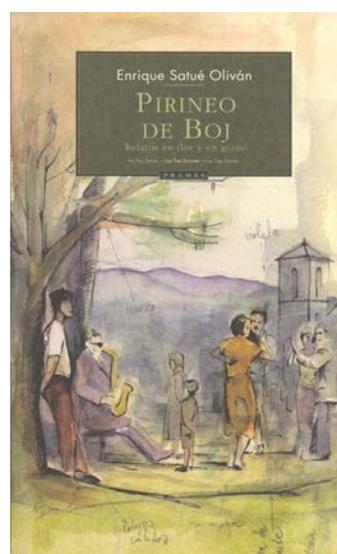
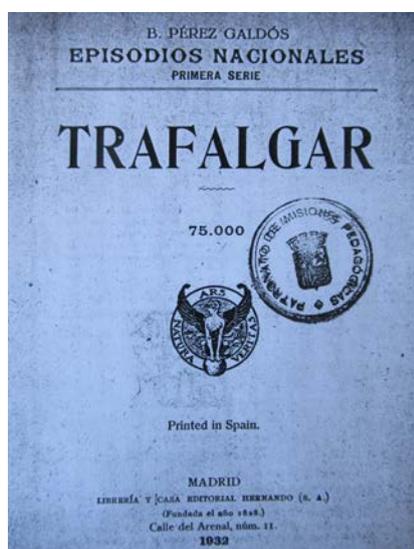
MADERA DE BARCO

Enrique Satué Oliván- 2003

Don Marcelo era de Madrid, e ignoro por qué sutura se le había metido la mar tan adentro.

Era joven y, para él, aquella escuelita perdida en el oleaje de las montañas constituía su particular corbeta.

Conocía, uno a uno, los ensambles de los pupitres y del armario, si estaban hechos a espiga o a cola de milano. De vez en cuando, balanceaba su mesa y escuchaba con atención si estaba dolorida. Vigilaba todos los días el nudo resinoso que había al pie de la estufa de leña y siempre tenía en boca los pasajes de Trafalgar, del libro que, para aquellas alucinadas criaturas, convertidas por arte de magia en guardiamarinas, había enviado el Patronato de Misiones Pedagógicas.



“Timonel, ¿te has aseado hoy? Hueles a cabrío. Recuerden, la higiene es primordial...” –añadía circunspecto.

“Vigía, jamás llegarás a piloto. Cierra el tiro de la estufa, no ves que la nieve de la sierra lanza aire por sotavento” –gritaba, hinchándosele la vena bajo la corbata, en los días más crudos de invierno.

Y es que para él, la vida, el mar, los barcos y la madera eran la misma cosa; estaban hechos de la misma veta.

De don Marcelo oí hablar pronto, porque aquel oleaje de bucles armónicos, que era la letra de mi padre, él siempre lo atribuyó agradecido a su maestro, al mismo que le obligó a aprender de pe a pa los accidentes de las costas de España, incluidos los sugerentes cabos de Estaca de Vares y Machichaco.

Así era aquella escuela varada en las montañas: todo mar y madera, con dos ventanas por las que a lo lejos, si se apretaban los párpados, se veían los tres árboles de los que se ocupaba mi padre.

Y es que, para don Marcelo, como para muchos intelectuales de la época, la solución a los tráfalgares del desastre patrio pasaba por lugares discretos como aquella escolita, que se ocupaba de regenerar los bosques y la ciudadanía. De allí que cada escolar se hermanase con algún árbol, que le hiciese una visita semanal y que anotase cuándo le aparecían las yemas, los órganos sexuales, los frutos, y si era sometido a la barbarie del hacha.

“A ver, Julia, necesitamos librar a su olmo de las cabras de Ausens. Calcule el número de estacas y los metros de alambre precisos para ello”. Aquella circunstancia y otras muchas más, todas, se anotaban en un esmerado cuaderno colectivo que se titulaba *Escuela, Patria y Arbolado*.

Cuando mi padre se jubiló quiso que visitáramos juntos las ruinas del pueblo. Entramos en la escuela, anduvimos sobre la tarima resquebrajada que tanto cuidó el maestro y vimos que de aquel tiempo soñador sólo quedaba la estufa fundida en Vizcaya. Las gaviotas, los pupitres y los libros ya no estaban y, en el cajón de Don Marcelo, una golondrina había ensalivado toda aquella soledad en un nido.

Aunque el espumajo verde había devorado la harina de los campos, él aún recordaba dónde quedaban los tres árboles y conocía, como las rayas de la palma de la mano, las trochas que había que seguir para visitarlos.

“Chaval, por la gloria del comandante Churruca, de este abeto tuyo, por lo menos saldría el mismísimo palo mayor del San Juan Nepomucemo”. El árbol estaba allí, espléndido, y mi padre aún escuchaba, como si hubiera sido ayer, la voz del maestro.

Me di cuenta varias veces de cómo se le humedecían los ojos ante el oleaje de los recuerdos. Pasamos la mano por los troncos, vimos sus heridas y entonces los dos echamos en falta el viejo cuaderno de la escuela. Por eso le animé aquel día a recoger en

un manuscrito las vetas de su vida, que son las mismas que las de todos los que fueron arrancados del surco y, para el caso, de la escuela, para ir a aquella maldita guerra.

Hoy las guardo como un tesoro, he hecho copias, las he subrayado y, siempre que visito las ruinas del pueblo, me acerco hasta los tres árboles para ver cómo brotan de ellos las yemas del pasado.



Su abuelo, antes de que se le enturbiara la vista, era un hacha con la madera. Al parecer, fue él quien sacó de un roble curvo el mejor arado que hubo en el pueblo. A aquel sufrido árbol, que crecía en el sudario del solano, lo llamaban cagico; una palabra ordinaria, preñada de manteca.

Los robles no engañaban: daban hoja, leña, dejaban caer el glan al suelo y, al final, ardían... Parecían menhires, coágulos resecos clavados en la ladera. Eran el tiempo detenido, sólo eso; madera y despensa.

Mi bisabuelo debió de perder la poca vista que le quedaba el día en que mi padre vino al mundo, un día oscuro de verano en que doblaban las campanas en la torre de la iglesia para alejar la tormenta que se les venía encima. Al parecer, el rayo encabritado dio en el tentadero, y el anciano bajó rodando hasta el oscuro remanso del coro.

Ese era el panorama cuando la partera tiró de la cabeza de mi padre.

“Cristo, Serafina, que rayo de crío más gordo te ha salido. Es como el tozal de la Monchoya. Éste, por diez onzas, que vaya de yerno a Casa Camarrón”. Aquello es lo que escuchó mi abuela, poco después de regresar precipitada de la siega.

En aquella montaña a las diez se hacía un alto en las faenas, y todo el mundo engullía con fruición un cacho de pan con queso. Todos, las mujeres también, porque habían dejado a las criaturas atadas a la cuna. Así creció mi padre, en un tiempo feliz de calcetines de lana sudada: entre la escuela, los robles por donde acababa de pasar el último lobo y el encierro del ganado al anoecer, en las bordas del solano.

Cuando la ventisca cortaba el monte, las hojas acartonadas del roble se volteaban dando tumbos por el suelo blanco. Era el tiempo de tender trampas a mirlos, conejos y zorros; de abrir senderos entre la nieve, embozados con pasamontañas, zamarras, polainas y abarcas de suelas claveteadas. Un tiempo feliz que se truncó al atardecer de un agotador día de siega de julio del 36.

“El General Franco se ha sublevado en África contra el gobierno de la República. ¡Arriba España!”, se leía en la primera página del periódico que recibía don Marcelo. “No será nada, algo parecido a lo de Galán y García en Jaca”, decían los hombres por la noche en corro.

Pero se equivocaron. A sol poniente se oían cañonazos, se fueron marchando los hermanos, y el crucero por donde arrancaba el camino se escarchó con sal de lágrimas. A partir de entonces todo fue distinto, salvo para el trigo y las ovejas pues, aunque les llegasen vaporadas de trilita, nadie les mandó parar.

Durante los dos primeros inviernos de la guerra mi padre bajó con el ganado a los Monegros, a la tierra de yesos donde finalizaba la zona roja y alentaba el frente.

En la primavera del 37 regresó al pueblo cuando la hoja nueva del cagico ya se había hecho sitio entre la vieja. Era un junio brumoso en que la niebla reptaba desde Santa Orosia, y los nacionales querían echar del monte de la santa a los maestros de la FETE. Disparaban sin tiento y sin compasión, ahogando en la garganta el esputo blanco de aquella mañana. Mi padre sujetó el ganado como pudo al ver que se les iba el tiro. Lo replegó hacia las Fuevas, hacia el útero del monte, mientras los perros gritaban despavoridos al ver cómo los silbidos que venían con el viento se estampaban y rajaban la montaña. Entonces pensó que aquel año sería el último de su vida en que iba a recoger hoja de roble para que las ovejas tuviesen pienso en invierno, mantillo de humus del robledal para enriquecer el estiércol, glan para apurar el último engorde de

los cerdos y, sobre todo, la última vez en que recogería agallas de roble para jugar en la plaza.

Durante el año 38, mientras el árbol descolgaba sus flores, mi padre atrincheraba con cara de niño la Bolsa de Bielsa. “Cuatro metros de largo, por uno y medio de alto, y cero con setenta y cinco de ancho”. Eso es lo que debían abrir bajo amenazas cada noche. Y, a veces, pienso que el eco de aquellas cifras guarda mucho del delirio febril que le sobrevino con la desbandada de marzo, cuando vadeó el río helado que le impedía sentir el fuego de la familia.

“Acabe conmigo. No se da cuenta que no puedo ni levantar los pies...”, le dijo mi padre al capitán de ingenieros que, de un puñetazo, lo había arrojado al suelo.

Al parecer, hubo primavera para todo: nevó en las puntas donde él y otros quintos del cuarenta aguantaban a los moros, corrió el polen y el aguardiente de un lado para otro y, al final, hubo que replegarse hacia Francia.

Luego el Ebro... Dicen que hicieron historia, pero eso es un cuento; hasta los vivos, en la Sierra de Pandols, estaban muertos, en otro mundo, más allá del arcano cementerio que había en el robledal del pueblo. “Trece divisiones sucumbimos en aquella batalla que empezó el 25 de agosto y acabó el 17 de noviembre”, dejó escrito mi padre.

Por suerte, el olivo de Pinell del Brai quedó hecho astillas por el obús del quince y medio, y a él le pudieron sacar en vivo la metralla que llevaba dentro.

Por los días de Navidad, cuando en el pueblo se subía al hogar una buena toza de roble, mi padre ya había resucitado una vez y andaba de carabinero, consciente, como recordó toda su vida, del nicho que de nuevo le habían asignado: “la primera compañía del cuarenta batallón, de la ciento setenta y cinco brigada, de la cincuenta y seis división”.

Aquel tronco de Navidad hacía sudar para serrarlo, pero ahora él estaba helado bajo la luz de la luna, en una vaguada cercana al río Segre, entre olivos y esparteras, aguardando la ofensiva definitiva, en la cabeza de puente de Serós.

De pronto, a las siete treinta de la mañana, cuando más mojada y miedosa se sentía la niebla del olivar, dice mi padre que “se asombró la tierra” ante un indescriptible bombardeo, primero de artillería y, luego, de aviación, que cambió suelo y sol de su sitio, pulverizó inmensas ratoneras de hormigón con sus fuerzas dentro e hizo saltar por los aires cientos de olivos y almendros que dormitaban para dar de nuevo flor.

El paisaje era fantasmagórico. Ni en el Ebro se había visto aquello. El olivar astillado se cubrió de polvo y de humo durante más de cuatro horas. Entre cientos de socavones, desapareció un batallón de milicianos y otro de carabineros, y cuando los pocos que quedaban se quitaban de la cara el rictus ceniciento del último viaje, se les echaron encima la 13 División marroquí y los Flechas Negras italianos.

“Buen tizón, buen varón, buena casa, buena brasa. Dios mantenga al amo y a la dueña de esta casa...”, decía uno de los hermanos, mientras el resto se disputaba en fila el bautizar aquel enorme tronco de Navidad. Qué distinto a aquellos instantes en que también él hacía fila, pero junto a cuatro mil prisioneros, que avanzaban deshechos por Fraga, hacia el tren que, desde Barbastro, les iba a llevar al campo de concentración. Un tren de ganado que daba paso constantemente al armamento que venía desde Castilla para acabar la guerra.

“Fíjate, si son como los españoles; si no llevan rabo, como dicen...”, comentaba una abuela a otra en el andén de Haro cuando abrieron la puerta del vagón para que se ventilase.

Para Reyes, el tronco de roble ya estaba casi consumido y la ceniza se guardaba para mezclarla con la simiente del trigo. Era el tiempo de las estrenas, de los humildes regalos de los padrinos; poco, alguna cosilla, nada de jugar: “una barrita de guirlache, alguna naranja...” Y, en cambio, en aquel campo de Medina de Rioseco, hombres que habían pasado de la infancia al desecho, a pesar de las sacas de la noche y de los fustazos del brigada, aún tenían ganas de jugar con su tragedia: el primero que llenaba tres cajas de cerillas con chinches, se comía medio chusco de pan.

Por eso, desde aquel colchón de miedo, de junquillos del río arrojados sobre el barro del campo de concentración, mi padre se preguntaba si al acabar la guerra quedaría algo que fuese real, que sirviera para algo, como la madera de aquel roble que le mandó vigilar don Marcelo.

En la umbría sólo había dos abetos y a los dos les colgaban barbas de choto, unos extraños líquenes alimentados por el rebufo oscuro de la garganta del barranco.

Don Marcelo decía que del más grande podía haber salido el palo mayor del Príncipe de Asturias, el navío que mandaba el heroico almirante Gravina.

El maestro no era monárquico, y aquella concesión le costaba mucho desplegarla a los vientos. En realidad, don Marcelo tenía bastantes contradicciones: era de Izquierda Republicana, de los del ministro de instrucción pública Marcelino Domingo y, sin embargo, no había un día en que no se echara a la mar de su escuela sin marcar, con el pulgar en la frente, la señal de la rosa de los vientos.

Mi padre se ocupaba del abeto que quedó aturdido cuando un rayo lo chamuscó en una noche prieta.

Los cuidados del más grande quedaban para el maestro, porque decía que a puro de sangrarlo para sacar trementina lo iban a dejar asmático.

Todas aquellas cosas las escribían en el cuaderno del arbolado. Copiaban que l'aceite d'abete igual curaba magulladuras que el catarro de pecho, que el abeto era el árbol patriota por antonomasia –quijote por tamaño y despensa por dentro- y que, desde niño, había visto cómo algunas mujeres ansotanas bajaban a vender las yemas hasta la capital de España.

Los escolares se tomaban todo aquello muy en serio y, nudo tras nudo, tendían bucles perfectos entre las dos líneas de los cuadernos que enviaban los del Ministerio.

“Recuerda, timonel: tal letra tienes, tanto vales”, le susurró un día don Marcelo a mi padre.

Eso fue antes del 36, en el tiempo de las gaviotas soñadoras, porque, después de la guerra, cuando se carteaban de incógnito y los dos habían doblado el Cabo de las Desdichas, el maestro le dijo en una carta que con letra comedida, cuidada y artesana no llegaría a ningún sitio; que esa era la letra de la gente honrada que nunca salía de manta cagada.

Todos los hermanos de mi padre hacían la misma caligrafía y todos habían tomado desde pequeños la trementina de aquella montaña: parecían distantes entre sí, trataban a los mayores “de usted”, pero, luego, a la hora de la verdad, todos se abrazaban como una piña.

Algo tendría que ver don Marcelo con aquello, pues los padres que valoraban la cultura en los pueblos sabían que si daban posada al maestro, si éste dormía en casa, los hijos crecerían más despiertos.

El más aventajado llegó a ser teniente de la 43 división republicana por la Escuela de guerra de Valencia. Era recto y noble como un abeto y, en la retirada hacia la Bolsa de Bielsa, apagó una buena parte de las mechas incendiarias que había mandado

tender el comisario, porque de sobras sabía lo que supondría a aquellas pobres gentes regresar del exilio y volver a moler, sin techo ni paredes, cuatro granos de trigo.

Mal papel el de la gente legal y, a la par, buena en una guerra...

A mi padre lo quisieron fusilar cuando lo pillaron en la desbandada de comienzos del 38, con “otros quintos de aquel país”, camino de casa. Bien se valió de su hermano, el teniente de la 43.

“Cada uno que se salve como pueda”, les habían dicho en Campo un comandante y un comisario, en medio del caos. Y ellos, ni cortos ni perezosos, se echaron a las aguas heladas del Ésera, cogidos a una maroma que tendió uno que había estado enfrascado, antes de la guerra, en bajar almadías hasta el Ebro.

Así comenzó la bolsa de Bielsa para muchos quintos niños como mi padre.

Dos largos e indescritibles meses que finalizaron cuando las gentes del sur de Francia vitoreaban a la “heroica 43 división republicana”, camino de Cataluña. “Personal, me figuro, adicto a la causa que defendíamos, que nos agasajaban en los andenes con ramos de flores y cestas de comida”, dejó escrito mi padre en sus memorias.

Aquello anotó, aunque en la aldea, quitando al alcalde del comité que había corrido mundo, nadie tenía otra ideología que no fuera la del surco bien hecho para no tener que pedir milagros al cielo.

Por decreto de 20 de junio del 38, Negrín –escribió mi padre- concedió a la 43 división un permiso de quince días, varios homenajes en Barcelona y una medalla colectiva.

“Timonel, las medallas se las pone el que las concede”, apostilló don Marcelo en una de las cartas, por más que a mi padre aquello siempre le pareciese tan serio como el humor linfático del abeto del pueblo.

– Sube, camarada. Ven aquí, hijo... Eres el más valiente de la 43 –le dijo La Pasionaria, cuando lo vio tan joven en la primera fila del teatro Price.

Mi padre subió encogido y apenas pudo articular una palabra.

– ¿Cuántos años tienes? ¿De qué quinta eres?

(“Usted se parece a mi madre, van de negro las dos... Ya ve, de la quinta del cuarenta y ya me han puesto el arma dos veces en la cabeza...”), se comería los labios de rabia al no saberle decir nada.

– ¿Tienes hermanos aquí?

(“Sí uno que es teniente y tiene muy buena letra. Mi hermano, bien se me valió de él...”).

– Sí, un buen muchacho –medió Antonio Bueno, el jefe de la 43 división.

- ¿Cómo lo pasaste en la Bolsa de Bielsa, camarada?

(“Hice trincheras con fiebre. Comí lagartos y brotes hervidos de zarza. Oriné largo encima de la nieve. Hacían pasadas los bombarderos italianos por encima de nuestras cabezas. Se me murió un amigo valenciano entre los brazos y me dio sus botas, las que usted me ve puestas. Bebíamos asaltaparapetos y, de noche, a unos metros, se oía cómo se despedían de este mundo los moros... ”). Esas voladas le debían pasar por la cabeza, cuando se encontró entre las manos con un pequeño banderín que homenajeara a la “división heroica”.

– Abrázame, camarada. Abrazáme, hijo...” –le dijo La Pasionaria, sintiéndose, con seguridad, antes que nada, madre.

Todo el teatro aplaudía de pie, pero el diminuto banderín cruzó el Ebro el día siete de agosto, a las dos de la madrugada. Lo hizo en un macuto manchado con aceite de sardina que iba y venía como la pasarela, para quedar hecho trizas, un mes después, por un obús del quince y medio al pie de la sierra de Pandols. El olivo saltó de cuajo, pero gracias a él mi padre sólo quedó malherido.

Tres meses después, en la cabeza de puente de Serós, cayó la niebla y pudo contemplar asombrado cómo la trilita vareaba de forma salvaje la oliva y la vida de dos batallones de muchachos, que aún no habían abierto la flor.

Cuando cesó el bombardeo, y se echaron encima los Flechas negras italianos, mi padre sujetaba un casco de aceituna entre los dientes y se acordaba de las que subían cuando volvían de la trashumancia, para que su madre las adobara con tomillo y el calor de los dedos.

Las normas de la aldea eran contundentes y claras. Se repartían entre la tradición y las lentejas. En cambio, allí, los rojos contraatacaban con rabia, pero aquello no daba fruto, porque su organización tenía una semántica distinta.

Aquello del orden mi padre lo tenía enroscado en la médula desde que mi abuelo le recriminó por romper el diente de un *cristo* que servía para rastrillar las espigas perdidas. Le gritó, pero al rato se arrepintió y lo animó.

Al teniente coronel fascista le pasó algo parecido, que se apiadó al verlo un crío y se lo llevó a la compañía de comando para confiarle su caballo.

Por allí deambuló los últimos días del 38, integrado en las tropas italianas y vestido de carabinero republicano, mientras se libraba la última batalla, y la neblina deshilachada iba y venía, entre esparteras y olivares, sin orden ni concierto, acompañando las últimas órdenes de las tropas de Lister y Campesino.

Así anduvo unos días hasta que, harto de tanta calamidad, rogó al oficial que lo entregara prisionero para, así, poder abrazar algún día a la familia.

“Timonel, Roma acabó con el orden de la República y se echó con los estandartes al confín del Imperio para cavar su tumba...”, les explicaba don Marcelo, en la escuela del pueblo. Bueno, en realidad, por entonces mi padre ya se había dado cuenta de que estandartes y banderines eran cosa de todos los que mandaban a morir a los jóvenes a las trincheras; el suyo se había quedado hecho añicos en Pinell del Brai, junto al sudario de un olivo.

Al campo de concentración de Villagodio, junto a Medina de Rioseco, llegó el cuatro de enero del 39 y, en que formó en la explanada, se encontró con cuatro inmensos carteles que goteaban la trementina del nuevo orden: el himno nacional, el de infantería, el de la legión y el de falange; cuatro letras que había que aprender en hora y media.

“Mameta mía, qué fustazos daba aquel brigada a aquella gente desesperada que no sabía juntar dos letras...”. A ratos llovía, a veces se echaba a nevar y en grupos de cincuenta, con los pies clavados en el fango, aguardaban ateridos a que el suboficial les hiciese saltar a golpes los jirones de las mantas con que se tapaban.

“La madre que lo trajo a este mundo...”. Uno de Briviesca cayó largo, humillado en el barro, a los pies de mi padre...

Fue un mes largo en que el miedo, el barro y los recuerdos de casa, se entrecruzaban a menudo en el nudo de la garganta. “No llores chaval, que sales en libertad”, escuchó desvanecido una noche en el cuerpo de guardia, mientras el oficial le hacía tragar coñac para entibiarle algo el frígido sudario de la cara.

“¿Bueno, y ahora qué, si no tienes dónde caerte muerto...? ¿Qué harás al acabar la guerra? Más te valdría ingresar en el Cuerpo”, le dijo el jefe de la pareja que lo conducía hasta la caja de reclutas de Valladolid, cuando lo invitó en la cantina.

El día once de febrero le hicieron el reconocimiento médico, y el teniente coronel, asombrado por aquellos moratones cruzados, le entregó cincuenta pesetas para que se las gastase al otro lado de la calle, en el bar González. Se sentó transpuesto en una mesa mientras toda la clientela quería hablar con él. Le preguntaban si era español,

si sabía santiguarse y mil cosas más, difíciles de explicar... Todo el mundo le invitaba y él, absorto, no recordaba un burro aceitero que hubiese recibido tantos golpes como él había encajado desde que comenzó la guerra. Por fin, el dueño del bar se apiadó y rogó a la gente que lo dejaran vivir, que bastantes penalidades había sufrido.

A finales de junio del 39, cuando ya cristalizaba la trementina, le concedieron quince días de permiso y, desde la estación del tren, débil, sin apenas poder controlar el pecho, dando pasos a borbotones, con la venas hinchadas, anduvo siete horas por las cortadas y remansos del macizo anieblado de Santa Orosia para, al fin, adivinar en lo alto, sobre el abeto, la placenta del pueblo.

“¿De dónde sales, hijo?”, me contó que le había dicho mi abuelo, al juntarse con él en la puerta de un yerbero.

“Nada, ya lo ve, papá; de esos mundos de Dios...”, me contó que le contestó, para darle luego un tímido beso, después que los dos habían llorado tanto a escondidas.

“¡Timonel, mantén la mirada erguida y firme; que no se diga, por la gloria de los héroes de Trafalgar...!”, le gritaba don Marcelo a mi padre en la escuela, cuando presentía que estaba acongojado, porque le esperaba una reprimenda paterna.

Don Marcelo siempre decía que el abedul, para Nelson y los ingleses, que siempre salen de las brumas.

Mi padre tenía mucho afán por los árboles, pero el maestro decía que con dos ya le valía y que, si se empeñaba, como mucho le haría responsable de uno de los abedules que había en el tajo oscuro del barranco; en realidad, de poca cosa, de un cero a la izquierda.

“Muchos colorcitos para el otoño y, luego, pocas leches. Eso es lo que son, unos traidores. Directos los mandaré yo a la estufa del almirante inglés...”.

Don Marcelo les tenía bastante tirria y, cuando los hombres llevaban leña a la escuela, lanzaba improperios si entre los trozos de roble habían colado alguno de aquel árbol que él decía que estaba hechizado.

Algo de razón no le faltaba al maestro. Tenía una corteza blanca que se deshojaba a tiras como si fuera la piel de una culebra, ardía como un cigarro y, encima, dejaba un tufo que atontaba la cabeza.

“A ver, marinería, tomen nota: abies alba en latín, abedul en castellano, tremoleta en la lengua fiera de estas aldeas... Lo único bueno que hacen es competir con los abetos por la luz, para que éstos crezcan como cirios.”

Así era la vida en aquellas montañas, había que tirar recto, para no perderse entre las brumas.

Cuando llegué con mi padre, aquel abedul ya no existía y, a su alrededor, crecía un corro que parecían darse la mano. Era el final del verano, y su follaje titilaba en la oscuridad del barranco como si evocara el cúmulo de historias que se vinieron encima cuando, en julio del 36, don Marcelo se marchó a Madrid y cerró la escuela.

El tufo del abedul se sentía, sobre todo, en las noches del invierno, para Santa Águeda, cuando había que echar al fuego toda la leña, la buena y la que sólo hacía que humo, cuando el invierno, abocinado junto al fuego, regurgitaba el subconsciente humano más viejo.

Don Marcelo no decía nada, se sentaba en una esquina del banco y dibujaba con pulso firme las escenas que se entrecortaban entre el humo del invierno: la juerga de los mozos que comían huevos duros y bebían abundante vino, aquel hombre que levantaba las faldas de las mujeres mientras llevaba una hebra encendida de cáñamo..., las muchachas que bailaban alrededor del fuego con la cara mascarada...

“Escucha, timonel: tremoleta viene de tremolar, mecer, temblar, ondear... El follaje del abedul tremola. Jamás llegarás a teniente de navío, si tienes miedo, si eres un gallina...”, le decía don Marcelo a mi padre, cuando le hacía trepar por el mástil del chopo de la iglesia para otear si aquel día se acercaba alguna visita descarriada. Temblar, lo que se dice temblar, temblaba, pero menos que aquel día de julio en que llegaron los milicianos, le dijeron que fuese en busca de su padre y él, temeroso, lo acompañó cogido de la mano, para abrirles el templo.

“Mira cómo sudan y no han pegado clavo en su vida...”, decían mientras ardían los santos y las trémulas hojas del chopo anunciaban otras tragedias.

La primera vez que se fotografió mi padre fue en el campo de instrucción de Graus. Tenía cara de adolescente, llevaba boina echada para un lado, chaqueta de pana y de su rostro se descolgaba una palabra que luego le oí decir de niño muchas veces: angunia, la agonía que te pinza el cuajo cuando te quieres abrazar, aunque no estén, con tus padres y hermanos.

“Esta noche nos veremos la cara con el enemigo y, antes de entregar la vida, si es preciso, gritaremos frente a él que muera el Fascismo. Empuñaremos todos el fusil

con dignidad y, si alguno no lo hace, allí mismo le pegaremos un tiro”. Con aquellas palabras del comisario se echaron a andar los quinientos quintos, sin luna, con un chusco y una lata de sardina en el bolsillo, hacia las lomas donde se esperaba contener el avance franquista.

Era el 27 de marzo del 38, cuando los abedules aún no han movido la sabia y parecen colgajos humanos que han decidido lo peor en el borde de los barrancos.

Cavaron trincheras y, por fin, a las once de la noche, los reflectores de las columnas rebeldes anunciaron un teatro macabro donde aquellos chiquillos del cuarenta iban a ser los alocados actores que huirían con las bestias y la población civil camino de Francia.

“¡Qué triste recuerdo fueron aquellas horas para aquella banda de colegiales que éramos. Había quien circulaba casi desnudo, muchos descalzaban a los muertos conforme pasábamos. Estar al lado de un oficial era un peligro... En fin, fueron escenas terribles que duraron hasta que a las 19 horas del día 29 llegamos a Campo!”, dejó escrito en sus memorias mi padre, con los bucles que le enseñó a amarrar el maestro.

Para el Pilar, la hoja del corro de abedules titila y cae una detrás de otra a las aguas oscuras del barranco. Navegan alocadas, giran a un lado y a otro como barquitas amarillas a la deriva. Muchas veces, me siento en la orilla y las sigo con la vista hasta ver cómo las engulle, para siempre, la cascada verdinegra.

Caen una detrás de otra, a nada que mueva la brisa que baja desde la sierra.

Episodios amargos aquellos de junio del 38, colgados por las puntas que cerraban la Bolsa de Bielsa. Paisaje mortuorio en que la trilita reventaba una y otra vez el sudario de la nieve helada. Esta es una. Se aleja y, de repente, una veta del agua la revira y, como si fuera un saurio, se la echa al abismo de su boca.

Catorce de junio. ¿A Franco o a la República? Los gendarmes partían la estación de Arro. ¿Adónde habrán marchado mis hermanos? Cuarenta vagones parten hacia Port Bou y, al otro lado, un trenecito enfila hacia los Nacionales. ¡Fascistas, traidores! Esta es otra, que no va muy lejos, porque, de momento, se ha quedado encallada en la orilla.

El humo no dejaba ver nada en aquella cota 666 que miraba hacia Corbera y, sin embargo, él veía la figura de su madre, las muñecas de mi abuelo y las caras de cada hermano... Los heridos graves morían allí mismo y los leves salían a rastro por su propio pie, dando tumbos. Agonía, sed, la muerte cerca, esperándola echado. Esta es otra que marcha recta hacia el sinfín de la garganta del barranco.

Los recuerdos siempre siguen la misma secuencia y no es difícil acordarse de cómo tremolaban los abedules que han agarrado donde creció el que cuidaba mi padre.

Pero, sin embargo, la hoja más grande da vueltas y vueltas, de torbellino en torbellino, se adentra en mi memoria y sale cómo si detrás de cada palabra estuvieran sus labios.

Hacía mucho frío en el Campo de concentración de Medina de Rioseco. Era el 13 de febrero del 39, cesó el aire, se produjo un inmenso silencio y, de pronto, comenzó a nevar.

Serían las tres de la madrugada cuando el oficial de guardia, acompañado por un cabo, se presentó en la nave y gritó su nombre.

Nevaba a gusto, los copos se entrecruzaban alocados delante de la linterna del oficial. Y, de repente, se incorporaron entumecidos todos los prisioneros para gritarles que eran unos criminales, que a ese frío no se lo podían llevar.

Seguía nevando y, al instante, llegó un refuerzo.

Nunca pensó mi padre que podía morir en un día de nieve y se echó a llorar. Lo cogió el cabo por el brazo, mientras los soldados se abrían paso entre una marea de manos y rostros que le daban ánimos y le pedían que muriese dando un viva a la República. Se desmayó y volvió en sí en el cuerpo de guardia cuando el oficial le hizo beber coñac y le anunció que salía libre para incorporarse al ejército nacional.

Aquella noche el abedul de mi padre tremolaba sin hojas bajo un jarro de luna fría, mientras don Marcelo, herido de nuevo en su fuero interno, cruzaba el Pirineo hacia Francia.

Dicen que la escuela es el yelmo de don Quijote y que la vida son las abarcas de Sancho.

Don Marcelo también las pasó de a metro. Al parecer su patria no coincidía con la del que ganó la guerra. Mi padre me contaba que se escribieron con discreción unos años y que el maestro le decía que estaba de vuelta de todo o casi todo, porque las personas, las organizaciones y las ideas, como los barcos, están hechas de más de una madera: unas son firmes y otras doblan como las culebras.